

A 90 años de los sucesos de la Escuela Santa María de Iquique



DIRECCION
bam
S. ARCHIVOS Y MUSEOS



CENTRO
DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



UNIVERSIDAD ARTURO PRAT
IQUIQUE - PRAT

EL ANARQUISMO TARAPAQUEÑO Y LA HUELGA DE 1907: ¿APÓSTOLES O LÍDERES?¹

Julio Pinto Vallejos

Yo voy por un sendero
desconocido,
persiguiendo las voces
de los que han ido:

mártires santos
que dejaron las huellas
de sus quebrantos.

Niña, si mi destierro
te ha conmovido,
al país de mi canto
yo te convidó:

ven, niña mía,
a la tierra dichosa
de la Anarquía.

Francisco Pezoa, "Canción del Desterrado",
La Agitación, Estación Dolores, 22 de julio de 1905.

EL ANARQUISMO CONDUCTOR

Numerosas versiones han planteado, en tono de hipótesis o de afirmación, que el anarquismo habría sido el conductor de la huelga que culminó trágicamente en la escuela Santa María de Iquique. Tal asociación surgió desde el momento mismo de los hechos, cuando un indignado doctor Nicolás Palacios señalaba en su testimonio de la matanza que

“con miras fáciles de comprender, se ha dicho que los cabecillas eran anarquistas y bribones”,

añadiendo que, en la opinión de los salitreros,

¹ Este trabajo forma parte del proyecto N° 039652PV, patrocinado por el Departamento de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la Universidad de Santiago de Chile. Se agradece muy especialmente la colaboración de: Pablo Artaza Barrios, Carolina Fariás Antoine y Francisco Sepúlveda Gallardo.

“si no fuera por los anarquistas que los arrastran a cometer tonterías de las que ellos mismos se arrepienten, el trabajador de la pampa sería inmejorable”².

Por su parte, y haciendo más específica una acusación que en labios de la oligarquía parlamentaria a menudo abarcaba a cualquiera que alterase el orden o desobedeciese a la autoridad, el Ministro del Interior, Rafael Sotomayor, responsable político de la represión, aseguraba ante la Cámara de Diputados que el dirigente máximo de la huelga, José Brigg, “es un anarquista peligroso; es español, no es chileno”³. Esta aseveración también fue rebatida por Palacios:

El anarquista español Brigg, a quien persigue la policía y de quien tiene conocimiento oficial el Ministro señor Sotomayor, no es el Brigg que hacía de presidente del Comité huelguista, pues éste es un joven criado en Chile, aunque de padres norteamericanos, y es un mecánico de lo más competente y honorable de la provincia⁴.

Y, sin embargo, desde la trinchera opuesta el dirigente comunista Elías Laferte también recordaba a Brigg como “un obrero de ideas anarquistas”, mientras que Alejandro Escobar y Carvallo, él mismo, un connotado portavoz del “socialismo libertario” de comienzos de siglo, hacía análogo caudal sobre la presencia en el Comité Directivo de la huelga no sólo de Brigg sino, adicionalmente, de otros correligionarios suyos como Luis Olea y “dos representantes del Centro de Estudios Sociales Redención”⁵.

Tampoco los historiadores han sido renuentes a establecer la conexión comentada, yendo en algunos casos aún más lejos que los propios testimonios contemporáneos. En una de las versiones más enfáticas, Gonzalo Vial afirma que “Iquique recibía especial atención anarquista”, implicando que el grupo centrado en Luis Olea y el Centro de Estudios Sociales Redención habría

“diseñado...la estrategia para provocar una huelga que paralizara el salitre y tuviese, además, una enorme potencialidad revolucionaria”.

² Nicolás Palacios, “Datos y opiniones sobre los sucesos de Iquique”, publicado originalmente en el periódico *El Chileno*, de Valparaíso, y reproducido en Pedro Bravo Elizondo, *Santa María de Iquique 1907: Documentos para su historia*, Santiago, 1993; las frases citadas son de esta edición, págs. 69 y 70.

³ Cámara de Diputados, Sesión del 30 de diciembre de 1907; en Bravo Elizondo, *op. cit.*, pág. 167.

⁴ Bravo Elizondo, *op. cit.*, pág. 70.

⁵ Elías Laferte, *Vida de un comunista*, Santiago, Talleres Gráficos Lautaro, 1957, pág. 47; Alejandro Escobar y Carvallo, “La agitación social en Santiago, Antofagasta e Iquique”, *Occidente*, N° 121, Santiago, 1960, págs. 11-12; obviamente, el Centro de Estudios Sociales Redención era una entidad de cuño anarquista.

En consecuencia e, incluso, reconociendo que no existía justificación alguna para la matanza y que “lo pedido por los huelguistas no era irrazonable”, este historiador concluye que “tras ellos se movía, sin discusión, el anarquismo”⁶.

También Peter De Shazo alude a una supuesta hegemonía anarquista en el puerto de Iquique ya a partir de 1906, y aunque no la conecta explícitamente con la conducción de la huelga de diciembre de 1907, su argumentación general sobre la presencia de esa vertiente ideológica detrás de todas las grandes movilizaciones del período se presta fácilmente para semejante extrapolación⁷. Similar es la visión que ofrece Mario Garcés al señalar que

“los anarquistas... fueron los líderes naturales de muchas de las iniciativas de confrontación que protagonizaron los trabajadores al comienzo del siglo. Participaron y ocuparon lugares importantes en las directivas de los Comités de huelga, al menos en Valparaíso, Antofagasta e Iquique”⁸.

Incluso, un reciente reportaje periodístico titulado “¿El retorno de los viejos anarcos?” afirma sin mayores vacilaciones que en Iquique “los anarquistas están, como siempre, a la cabeza del movimiento”⁹.

Con un dejo levemente más cauto, Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco plantean que si bien el accionar anarquista en el litoral y pampas salitreras

“no tiene ni la profundidad ni el realce que alcanza con nitidez en los centros urbanos de Chile central”,

éste fue suficiente para que sus adeptos disputaran la conducción de las organizaciones obreras nortinas con demócratas y socialistas, consiguiendo “ocupar un lugar privilegiado en la huelga de Iquique, en 1907”¹⁰.

El mismo matiz es recogido por autores como Luis Vitale o Eduardo Devés, quienes se cuidan de consignar los liderazgos alternativos levantados desde el Partido Demócrata o la Combinación Mancomunal (aunque para el caso específico de la huelga en cuestión, como lo demuestra Devés, el comportamiento de esta última fue bastante ambivalente). En definitiva, sin embargo, también ellos resaltan la “destacada participación” anarquista en la conducción huelguística,

⁶ Gonzalo Vial, *Historia de Chile (1891-1973)*, Santiago, Editorial Santillana, vol. 1, tomo II, págs. 899 y 906.

⁷ Peter De Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile, 1902-1927*, Madison, University of Wisconsin Press, 1983, capítulo 4 y especialmente pág. 113.

⁸ Mario Garcés Durán, *Crisis social y motines populares en el 1900*, Santiago, 1991, pág. 228.

⁹ *El Mercurio*, 21 de diciembre de 1997, sección Artes y Letras; artículo de Carlos Carrasco Olea.

¹⁰ Eduardo Míguez y Álvaro Vivanco, “El anarquismo y el origen del movimiento obrero chileno, 1881-1916”, *Andes*, N° 6, Santiago, 1987, pág. 117.

ejemplificada de manera particular en las personas de los dirigentes Olea y Brigg¹¹. En suma, a ninguno de los historiadores que han tratado el tema parece caberles duda que, solos o acompañados, los anarquistas fueron los grandes protagonistas del movimiento social tarapaqueño de 1907.

¿Sobre qué fundamentos se sostiene una tan generalizada apreciación? El más inmediatamente visible es, sin lugar a dudas, la varias veces mencionada militancia de los principales dirigentes. El caso más claro sería el de Luis Olea, cuya actividad política y sindical era bastante conocida y se remontaba por lo menos a los últimos años del siglo XIX¹². Tampoco ha merecido mayores reparos la adscripción ideológica de Brigg, pese a que su trayectoria anterior a diciembre de 1907 es absolutamente desconocida y a que Escobar y Carvallo no lo identifica explícitamente como anarquista, como sí se cuida de hacerlo con otros dirigentes. Las memorias de Lafertte, sin embargo, vendrían a corregir esa omisión, al igual que un testimonio de 1908 en que otro correligionario calificaba a Brigg de "convencido libertario"¹³.

Como se vio más arriba, también se ha enfatizado la incorporación al Comité Directivo de la huelga de dos representantes del Centro de Estudios Sociales Redención, hasta donde se sabe la única instancia no propiamente gremial que integró dicho cuerpo (no lo hicieron en cuanto tales, en cambio, ni la Mancomunal ni el Partido Demócrata, aunque ello no priva que algunos de sus miembros pudieran haber estado presentes a título personal)¹⁴. Uno de aquellos representantes, Manuel Esteban Aguirre, tenía una trayectoria anarquista apenas menos conocida que la de Olea, habiendo sido secretario de la Mancomunal de Antofagasta y redactor de su periódico *El Marítimo*, desde cuyas páginas sostuvo una intensa polémica doctrinaria con Luis Emilio Recabarren¹⁵. El otro,

¹¹ Eduardo Devés, *Los que van a morir te saludan*, Santiago, Ediciones Documentas, 1989; Luis Vitale, *Interpretación marxista de la historia de Chile*, Santiago, Ediciones LOM, s.f., tomo v, pág. 204.

¹² Olea aparece en 1896 como dirigente de la Agrupación Fraternal Obrera, incorporada posteriormente a la fugaz Unión Socialista de 1897, cuyo periódico *El Proletario* fue encomendado a su dirección; Alejandro Escobar y Carvallo, "Inquietudes políticas y gremiales a comienzos de siglo", *Occidente*, N° 120, Santiago, 1959; Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile. Antecedentes, siglo XIX*, Santiago, 1956, págs. 226-242; Eduardo Devés y Carlos Díaz, *El pensamiento socialista en Chile. Antología 1893-1933*, Santiago, 1987, págs. 35 y 36; en este último texto, págs. 40-44, aparecen algunos de los artículos publicados por Olea en *El Proletario*. Su posterior navegación por las aguas del anarquismo, que lo llevó a Valparaíso y después a Tarapacá, ha sido relatada por Escobar y Carvallo, *op. cit.*, y también por Miguez y Vivanco, *op. cit.*, págs. 106-118.

¹³ Se trata de una dedicatoria escrita al reverso de una fotografía, transcrita por Bravo Elizondo, *op. cit.*, págs. 174.

¹⁴ Así, por ejemplo, Vitale, *op. cit.*, pág. 99, nombra como integrante del Comité de Huelga al "demócrata Miguel Zenteno", quien, sin embargo, no es nombrado por Escobar y Carvallo ni aparece en las nóminas publicadas por Devés, *op. cit.*, pág. 101, o Bravo Elizondo, *op. cit.*, págs. 113 y 117.

¹⁵ Esta polémica ha sido recogida y analizada por Eduardo Devés en "La visión de mundo del movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907", tomo II de Eduardo Devés y Ximena Cruzat, *El movimiento mancomunal en el norte salitrero: 1901-1907*, Santiago, Documento CLACSO, 1981, págs. 83-86 y también en Miguez y Vivanco, *op. cit.*, págs. 123 y 124. La presencia de Aguirre

Carlos 2º Ríos Gálvez, era profesor primario, posiblemente uno de los pocos dirigentes no obreros que integraron el Comité de Huelga. Sin duda, la presencia de ambos sugiere una especial deferencia hacia una organización de indisoluble carácter anarquista, ratificando un ascendiente que otros referentes ideológicos parecen no haber tenido.

Aparte de los mencionados, también figuraron en la directiva o la organización huelguística algunos militantes anarquistas menos conocidos en el ámbito nacional. Uno de ellos fue el pintor iquiqueño Sixto Rojas, a quien una crónica de *La Prensa* de Lima identificó posteriormente como secretario del Comité, aunque no figura en tal calidad en las nóminas oficiales que se han revisado. Sí era secretario, en cambio, del Centro de Estudios Redención, lo que deja fuera de toda duda su adscripción al anarquismo¹⁶. Ya de regreso en Iquique tras un corto exilio peruano, a Rojas le correspondió pronunciar un discurso en el acto conmemorativo del primer aniversario de la masacre, en el que lamentó que los huelguistas “no se hubiesen dispuesto para el momento de defenderse como debían”¹⁷. Otro integrante anarquista del Directorio fue el delegado del gremio de panaderos Ricardo Benavides, antiguo colaborador de la prensa y la militancia libertaria tarapaqueña y, al menos en la versión de Escobar y Carvallo, igualmente miembro del Centro de Estudios Sociales Redención¹⁸.

Un caso interesante que no aparece explícitamente identificado como anarquista es el de Valentín Cuevas, dirigente de la oficina North Lagunas, quien en una defensa periodística, escrita desde la cárcel algunos meses después de la matanza llamó al proletariado chileno a “organizarse bajo los auspicios de las sociedades de resistencia gremiales” —una forma organizativa, como se sabe, estrechamente asociada al accionar ácrata¹⁹. Por otra parte y, aunque en rigor no formaba parte del Comité Directivo, cabe mencionar la presencia en diversos momentos de la huelga del dirigente anarquista Luis Ponce, vicepresidente del Centro de Estudios Sociales Redención y por añadidura, como se verá más adelante, uno de los introductores y más leales sostenedores de “la Idea” en la provincia de Tarapacá²⁰. Esta última descripción también podría aplicarse a Fran-

en el Comité Directivo en Devés, *Los que van...*, *op. cit.*, pág. 217; Escobar y Carvallo, “La agitación social...”, *op. cit.*, págs. 8 y 11.

¹⁶ Aparece explícitamente identificado como tal en una nota enviada a *El Nacional*, Iquique, 28 de junio de 1907, y también en el propio periódico del Centro, el *1º de Mayo*, 11 de mayo de 1907.

¹⁷ Tanto el discurso como la crónica de *La Prensa* han sido reproducidos en Bravo Elizondo, *op. cit.*, págs. 89-90 y 188-189.

¹⁸ Escobar y Carvallo, “La agitación social...”, *op. cit.*, pág. 11.

¹⁹ Esta “defensa” publicada en *El Pueblo Obrero* de Iquique, ha sido reproducida en Bravo Elizondo, *op. cit.*, págs. 179 y 180.

²⁰ El cargo de Luis Ponce en el Centro de Estudios Redención aparece consignado en *El 1º de Mayo*, Iquique, 11 de mayo de 1907; su actuación durante la huelga aparece vinculada al “Mitin de Zapiga”, efectuado el día 15 de diciembre en el sector norte de la pampa salitrera, y en el que actuó como orador, como también lo hizo Luis Olea y el futuro tesorero del comité huelguístico José Santos Morales; cf. Devés, *Los que van...*, *op. cit.*, págs. 83-87 y *El Nacional*, Iquique, 17 de diciembre de 1907.

cisco Burgueño, quien actuó en la organización huelguística como “ayudante de orden” y podría ser el mismo Rosario Burgueño que ya en 1902 dirigía una entidad de orientación anarquista y sobre el que se volverá más adelante²¹.

Si se optara por hacer abstracción de la militancia de los dirigentes nombrados, la conducción anarquista de la huelga de 1907 también podría deducirse del carácter mismo del movimiento, expresión casi paradigmática de las estrategias de resistencia obrera y acción directa favorecidas por esa corriente ideológica. La movilización simultánea de miles de trabajadores unidos en la lucha contra el capital, y la paralización total de una provincia de valor estratégico para el país, parecían hacer realidad el concepto de Huelga General Revolucionaria que por aquellos años se levantaba como la gran propuesta anarquista para transformar la sociedad. De hecho, los sucesos tarapaqueños parecían coronar un ciclo de agitación obrera que los historiadores sociales han calificado como la edad dorada de las sociedades de resistencia y del anarquismo chileno en general, refrendado por el fortalecimiento de las organizaciones sindicales y la espectacularidad, a menudo coronada por el éxito, de la acción huelguística²². Es verdad que algunos rasgos de la huelga iquiqueña se desviaban notoriamente del estilo anarquista, en particular la deferencia que siempre exhibió hacia las autoridades y la voluntad indisimulada de resolver el conflicto mediante el arbitraje estatal. No deja de ser curioso a ese respecto observar a militantes convencidos como Luis Olea o Luis Ponce suscribiendo un manifiesto dirigido al presidente Pedro Montt —el mismo cuyos subalternos ordenarían, ejecutarían y justificarían la masacre—, en el que se le pedía que

“despliegue todas las energías propias del primer magistrado de Chile, dentro de la constitución y leyes y en resguardo y beneficio del pueblo oprimido, estando S.E. seguro de que el pueblo lo acompañará con su sanción en toda ocasión en que S.E. cumpla con su programa de regeneración de Chile”²³.

Sin embargo, al menos un estudio sobre el anarquismo chileno ha reparado en las “actitudes atípicas” de que éste era capaz, especialmente su “flexibilidad en las alianzas y su participación en organizaciones obreras de diverso origen, haciendo a un lado el excesivo principismo, muy propio de sus congéneres de

²¹ Francisco Burgueño aparece nombrado en Bravo Elizondo, *op. cit.*, pág. 117, y también, con ese mismo nombre, en Escobar y Carvallo, “La agitación social...”, *op. cit.*, pág. 11. En 1902, Rosario Burgueño era presidente de la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores y coeditor de *El Obrero Libre*, sobre el que se hablará en otra parte de este trabajo.

²² Estos juicios aparecen en los trabajos ya citados de Míguez y Vivanco, págs. 112-121; De Shazo, capítulo 4 y Garcés, capítulo 5. Ver también Claudio Rolfe Cruz, *Anarquismo en Chile 1897-1907*, tesis inédita de Licenciatura en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1985.

²³ Éste fue el manifiesto que se elaboró al término del ya mencionado mitin de Zapiga, y que ha sido reproducido en Devés, *Los que van...*, *op. cit.*, págs. 86 y 87.

otras latitudes²⁴. En esa perspectiva, y considerando que la conducción de un movimiento tan masivo, en el que también concurrían demócratas, mancomunados y obreros sin militancia requería de tal flexibilidad, lo señalado podría no ser motivo suficiente para desconocer el papel que se le ha atribuido al anarquismo.

Contribuye igualmente a reforzar esa interpretación la ausencia de una conducción visible distinta a la anarquista, particularmente de parte de grupos con una trayectoria conocida y plenamente legitimada en la zona, como el Partido Demócrata o la Mancomunal. En lo que toca a esta última, ya varios autores han reparado en el papel ambivalente que desempeñó durante el transcurso de la huelga, actuando, incluso, en algunos momentos como intermediario entre la autoridad y los trabajadores más que como actor comprometido en la defensa y liderazgo de estos últimos²⁵. Un poco más difícil de calificar es la actuación de los demócratas, especialmente considerando el apoyo irrestricto que la huelga recibió del periódico que éstos editaban en Iquique, *El Pueblo Obrero*²⁶. Ello no obstante, no aparece en la dirección de la huelga ninguna figura públicamente identificada con dicha militancia ni iniciativa alguna que respondiese a la voluntad orgánica de ese partido. Tal vez la explicación haya estado en la división que por entonces aquejaba a la democracia, una de cuyas fracciones estaba bastante comprometida con la administración de Pedro Montt. Sea como fuere, y reconociendo que una vez consumada la masacre los demócratas encabezaron la condena parlamentaria al gobierno²⁷, lo cierto es que tampoco el partido de Malaquías Concha y Recabarren se comprometió como tal en el curso mismo del conflicto, como sí lo había hecho con mayor nitidez en los movimientos de 1903 en Valparaíso y 1905 en Santiago. Así las cosas, el terreno habría quedado despejado para que el anarquismo asumiese un liderazgo que otros no estaban dispuestos a ejercer.

Finalmente, la historiografía ha establecido que, al menos desde 1904, se venía produciendo una emigración generalizada de connotados dirigentes anarquistas desde el centro hacia el norte del país, lo que otorgaría cierta verosimilitud a la noción de un movimiento fuerte y capacitado para conducir la más grande movilización obrera de la década²⁸. La mayoría de las afirmaciones en

²⁴ Míguez y Vivanco, *op. cit.*, pág. 112.

²⁵ Esto está explícitamente manifestado en Devès, *Los que van...*, *op. cit.* y también en la ponencia de Pablo Artaza Barrios, "La Sociedad Combinación Mancomunal de Obreros de Iquique y la huelga de diciembre de 1907", la cual forma parte de este texto, págs. 11-31.

²⁶ Al respecto, ver las mismas referencias de la nota anterior, y también lo dicho por Crisóstomo Pizarro, *La huelga obrera en Chile*, Santiago, Ediciones Sur, 1986, págs. 50-52.

²⁷ Ver la interpelación formulada en la Cámara de Diputados por los demócratas Bonifacio Veas y Malaquías Concha al ministro Rafael Sotomayor en las sesiones de 27 y 30 de diciembre de 1907, reproducida parcialmente en Bravo Elizondo, *op. cit.*, págs. 151-169.

²⁸ El desplazamiento anarquista hacia el norte ha sido consignado en Míguez y Vivanco, *op. cit.*, págs. 116 y 117; Rolle, *op. cit.*, pág. 42; De Shazo, *op. cit.*, pág. 113; Vial, *op. cit.*, pág. 897.

tal sentido se inspira en los varias veces citados recuerdos de Escobar y Carvallo, quien relata cómo desde 1904

“planeamos la extensión de nuestro movimiento obrero de resistencia... hacia las provincias nortinas”²⁹.

Encabezó esta expedición Luis Olea, quien habría tomado trabajos de pintura en la oficina Agua Santa, para ser seguido al poco tiempo por el tipógrafo Julio Valiente y el “intelectual obrero” Francisco Pezoa, autor de los versos del “Canto a la pampa” con que primero se inmortalizó musicalmente la masacre de la Escuela Santa María³⁰. También viajaron desde Valparaíso los dirigentes Luis Guerra Sarmiento e Ignacio Mora, este último jefe de tripulantes de vapores durante la huelga de 1903 y estrecho colaborador del líder anarquista Magno Espinoza³¹. Siempre de acuerdo con Escobar y Carvallo, estos emisarios de “la Idea” habrían actuado fundamentalmente en los cantones pampinos, “haciendo adeptos en los gremios salitreros” y constituyendo núcleos de agitación y propaganda en poblados como Pozo Almonte y Dolores, y en oficinas salitreras como Buen Retiro. Para el puerto de Iquique, se habla de cierta influencia en el periódico demócrata *El Pueblo*, predecesor del ya nombrado *Pueblo Obrero*, y sobre todo de la fundación del Centro de Estudios Sociales Redención, lo que tuvo lugar pocos meses antes de la huelga³².

Por otra parte, y posiblemente extrapolando a partir de ciertas referencias del mismo Escobar y Carvallo a la fuerte influencia anarquista en la Mancomunal de Antofagasta³³, varios historiadores han hecho extensiva esta condición a todo el movimiento mancomunal, afirmando por ejemplo, como en el caso de Luis Vitale, que

“los principios fundamentales de estas organizaciones –carácter federativo y territorial, descentralizado, rotación de dirigentes, autonomía del

²⁹ Escobar y Carvallo, “La agitación social...”, *op. cit.*, pág. 8.

³⁰ El significado que adquirió este canto en el movimiento social salitrero ha sido bien registrado en algunas novelas como *Hijo del salitre*, de Volodia Teitelboim, Santiago, Austral, 1952, en cuyo capítulo final se hace referencia a dicho simbolismo.

³¹ La actuación de Mora en la huelga de 1903 ha sido analizada por Jorge Iturriaga, *La huelga de trabajadores portuarios y marítimos, Valparaíso, 1903, y el surgimiento de la clase obrera organizada en Chile*, tesis inédita de Licenciatura en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1997, págs. 75-80; también se alude a la militancia anarquista de Mora en Rolle, *op. cit.*, pág. 37 y ss.; De Shazo, *op. cit.*, pág. 94; Miguez y Vivanco, *op. cit.*, pág. 120.

³² Escobar y Carvallo, “La Agitación social...”, *op. cit.*, págs. 8 y 11.

³³ Sin tanta reserva, Floreal Recabarren dice en su memoria de título que hacia 1904 la Mancomunal de Antofagasta “había caído en manos de los anarquistas, cuyos métodos de acción y el vocabulario usado para expresarse a través de su prensa, así lo demuestran”, en *Historia del proletariado de Tarapacá y Antofagasta (1884-1913)*, memoria de prueba (inédita) para optar al título de Profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica, Santiago, Universidad de Chile, 1954, pág. 196.

movimiento obrero respecto del Estado y toma de decisiones por la base— fueron inspirados por el anarquismo”;

o, como Jorge Barriá, que:

“varias sociedades o uniones en resistencia y federaciones, ...van a incorporarse posteriormente al movimiento mancomunal”³⁴.

En una vena similar, el estadounidense Michael Monteón ha sostenido que los anarquistas se incorporaron a las mancomunales cuando sus propias sociedades en resistencia comenzaron a debilitarse, agregando, incluso, que Olea habría integrado en algún momento la Mancomunal de Iquique³⁵.

Más cautelosa es a este respecto la aproximación de autores como Míguez y Vivanco, quienes limitan la presunta hegemonía anarquista a algunas mancomunales, especialmente la de Antofagasta, mientras que en las otras se habría producido a lo más una pugna entre ellos y los demócrata-socialistas³⁶. Similares son las conclusiones que fluyen del estudio de Eduardo Devés sobre la “visión de mundo mancomunal”, en donde se identifica una “línea política” —sobre un total de cuatro— de orientación más o menos claramente anarquista. Al momento de asociar dicha línea con autores o medios específicos de prensa, los lugares nombrados son nuevamente Antofagasta (donde se destaca el ya recordado Manuel Esteban Aguirre), Chañaral (Amador Parry), o Tocopilla (*El Proletario y El Trabajo*). En Iquique, en cambio, “la línea [anarquizante] es más débil que en el resto de las mancomunales”³⁷. Por último, historiadores como Claudio Rolle y Peter De Shazo enfatizan más bien la ambivalencia del anarquismo frente a las mancomunales, aludiendo al abandono que “los simpatizantes libertarios” hicieron de la Convención Mancomunal de 1904³⁸, o, derechamente, que pese a los cargos de importancia ejercidos en algunas de ellas,

“los libertarios chilenos generalmente calificaron a las mancomunales de caudillistas, conservadoras, y políticamente motivadas”³⁹.

Con todo, ni el propio De Shazo niega la existencia de alguna representación ácrata en estas organizaciones, lo que tendería a apuntalar la noción de un movimiento fuerte y activo en el norte salitrero.

³⁴ Vitale, *op. cit.*, pág. 202; Jorge Barriá Serón, *El movimiento obrero en Chile*, Santiago, Universidad Técnica del Estado, 1971, pág. 29.

³⁵ Michael Monteón, *Chile in the Nitrate Era. The Evolution of Economic Dependence, 1880-1930*, Madison, University of Wisconsin Press, 1982, págs. 94 y 104.

³⁶ Míguez y Vivanco, *op. cit.*, págs. 116 y 117.

³⁷ Devés, “La visión de mundo...”, *op. cit.*, págs. 55-71.

³⁸ Rolle, *op. cit.*, pág. 40.

³⁹ De Shazo, *op. cit.*, pág. 98.

Y, sin embargo, una revisión más acuciosa de las fuentes regionales tiende a poner en duda esa apreciación, al menos para el período anterior al año 1907. Antes de 1902, por ejemplo, en la provincia de Tarapacá no se ha detectado ninguna señal que permita adivinar algún accionar anarquista significativo, ya sea a título individual o corporativo. Asociaciones obreras y movimientos huelguísticos durante esos años hubo muchos, pero nada permite identificar en ellos alguna proximidad con la *acracia*⁴⁰. Después de 1902 la situación tendió a cambiar, pero siempre sin adquirir un peso suficiente como para justificar el aparente liderazgo asumido para la huelga de 1907. Para dar sólo una indicación al respecto, la prensa no obrera de la provincia durante todo ese tiempo prácticamente no menciona a los anarquistas, lo que de seguro no habría dejado de suceder si éstos hubiesen tenido una figuración lo suficientemente destacada como para provocar la inquietud de las elites.

En un intento por despejar la aparente incongruencia, las páginas que siguen procurarán revisar exhaustivamente las instancias concretas de actuación anarquista detectadas en Tarapacá entre 1902 y 1907, para desde allí redimensionar tanto lo que la historiografía ha venido planteando como la verdadera relevancia de este actor político-social durante los hechos que culminaron en la matanza de la escuela Santa María. Dicho ejercicio debería contribuir a esclarecer si el ya consignado liderazgo anarquista existió de hecho o si más bien responde a una adjudicación retrospectiva, la que en todo caso también debería ser explicada. Contribuiría igualmente, de verificarse la primera alternativa, a saber si ésta reflejó la consolidación de un trabajo previo o, si por el contrario, constituyó una mera particularidad del momento. Incluso en esta última hipótesis, habría que analizar cuáles fueron los factores que determinaron que la "particularidad" fuese aprovechada por los anarquistas y no por otros. Hacia tales preguntas se vuelca la siguiente reconstitución histórica.

EL ANARQUISMO EN TARAPACÁ, 1902-1907

La señal más temprana de actividad anarquista detectada en Tarapacá es la aparición, en noviembre de 1902, del periódico *El Obrero Libre*, primero en la zona que, pese a no declararse explícitamente a favor de la *acracia*, exhibe numerosos rasgos propios de esa ideología. Editado en la localidad de Huara bajo la dirección de quien Escobar y Carvallo identificara como "el conocido intelectual pampino Luis Ponce", este órgano periodístico representaba a la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores y Caja de Ahorros, entidad fundada pocos meses antes y posiblemente la primera de carácter netamente filo-anar-

⁴⁰ Esta ausencia ha sido más o menos establecida en mi artículo, "¿Cuestión social o cuestión política? La lenta politización de la sociedad popular tarapaqueña hacia el fin de siglo (1889-1900)", *Historia*, N° 30, Santiago, 1997.

quista en la zona. Presidida por el antes nombrado Rosario Burgueño, con Luis Ponce como secretario general, el objetivo de esta sociedad era el de “conquistar la igualdad del obrero ante la ley y el capital” e instruir a los trabajadores del salitre en sus necesidades y deberes,

“anunciando la nueva aurora de la evolución social o sea el avance del socialismo”⁴¹.

Para tal efecto exhortaba al proletariado tarapaqueño a:

“unirse en agrupaciones de resistencia para así poder contrarrestar eficazmente los audaces avances de los capitalistas, por encima de la miseria general que domina en todas partes a los hijos del trabajo”.

También dedicaba *El Obrero Libre* sus artículos doctrinarios a denostar la “farsa politiquera”

(“No más seductores programas políticos ni quiméricas ilusiones de salvación en el Congreso Nacional o en el Gobierno de la República oligarca!”)⁴²;

y a difundir las bondades de la huelga revolucionaria como herramienta de salvación proletaria

(“Pongámonos de pie y enrolémonos en la sociedad ‘Internacional Defensora de Trabajadores’ para que en una gran huelga por medio de la Caja de Resistencia, mañana caigan arrollados a nuestros pies los soberbios salitreros del Tamarugal”)⁴³.

Otros tópicos característicos del discurso anarquista que afloran en este medio son la ilustración obrera y la instrucción y emancipación de la mujer, a la que se dedican artículos prácticamente en todos los números⁴⁴. En cambio, y a diferen-

⁴¹ *El Obrero Libre*, Huara, 1 de noviembre de 1902. En sus recuerdos, Escobar y Carvallo parece referirse a esta asociación cuando dice que “En la oficina salitrera ‘Buen Retiro’ se constituyó un selecto grupo de compañeros, encabezado por Francisco Burgueño, en compañía de Rudecindo Salas, y en cuyo medio se formó el conocido intelectual pampino Luis Ponce, de acerada pluma”, “La agitación social...”, *op. cit.*, pág. 11.

⁴² *El Obrero Libre*, Huara, 19 de noviembre de 1902.

⁴³ *El Obrero Libre*, Huara, 10 de diciembre de 1902.

⁴⁴ Así, por ejemplo “¡Despertad mujeres!” y “La mujer burguesa y la mujer proletaria”, en el N° 1; “La emancipación de la mujer”, en el N° 2; “El deber de la mujer proletaria”, en el N° 3; “Mis ensueños” en el N° 4 y nuevamente “El deber de la mujer proletaria” en el N° 5. Hay que advertir sí que muchos de estos artículos, firmados por “Elena P.M.” o por “Lucha Dora”, llaman a la mujer más bien a apoyar las luchas de sus esposos, hijos o padres proletarios que a emanciparse por sí

cia de lo que sucedería con expresiones posteriores de la prensa ácrata regional, *El Obrero Libre* se manifiesta solidario de los demás periódicos obreros independientemente de su afiliación política, y también ensalza a la mancomunal como “gran sociedad de resistencia” –haciéndose eco tal vez de esa aproximación temporal al movimiento mancomunal que algunos historiadores han subrayado⁴⁵. Por último, sus contactos con el anarquismo nacional se revelan a través de la reproducción de artículos de *La Luz* de Santiago y de un escrito de Esteban Cavieres con que se conmemora el 1 de mayo de 1903⁴⁶.

Como solía suceder con la prensa anarquista de la época, más volcada hacia la propaganda ideológica que hacia la información, *El Obrero Libre* no da muchas luces respecto de la identidad de sus colaboradores o de los centros de trabajo donde habría adquirido mayor arraigo –salvo en el sentido genérico que sus llamados están casi siempre dirigidos a los trabajadores de las oficinas salitreras. La mayoría de los artículos están firmados con seudónimos como “Pi K. Fuerte”, “Rebeldía”, “Juan Tres Dedos”, “Dr. Suaviter in Modo” o “Lucho el Anacoreta”, en tanto que las localidades nombradas, aparte de Huara, son el pueblo de Negreiros y las oficinas *Compañía* y *Granja*. La propia Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores aparece relativamente poco mencionada en materia de informaciones específicas, lo que no parecería muy congruente con los propósitos del periódico. Lo que alcanza a colegirse de ella a través de la lectura es que su fecha de fundación era el 1 de junio de 1902; que su sede estaba ubicada en Huara; que incluía cuatro secciones (Caja de Resistencia, Cooperativa, Instrucción Social y Protección); que sus miembros realizaban “conferencias sociales” en diversas oficinas salitreras; y que se proponía (pero parece no haber alcanzado a lograr) la fundación de “Inspecciones” o “Delegaciones” en todos los cantones salitreros. Análogamente, de su Directorio General sólo aparecen individualizados los ya nombrados Rosario BURGUEÑO y Luis PONCE, además del “Recaudador en la sección Sur de la Pampa”, Luis Felipe BARRIOS, y el prosecretario Juan Alberto MANCILLA, a quienes se volverá a encontrar en futuras iniciativas anarquistas.

Lo que sí puede inferirse claramente de las páginas del *Obrero Libre* es que la sociedad no tuvo la acogida esperada, pues ya en el segundo número se advertía que

“mientras los pampinos estemos en continuas discordias y el pernicioso indiferentismo por nuestro bienestar común, no seremos otra cosa que avasallada y amasada (sic) a la omnipotente voluntad de los millonarios salitreros”⁴⁷.

misma. Sobre el tema de la prensa anarquista en general ver Rolle, *op. cit.* y Gustavo Ortiz y Paulo Slachevsky, *Un grito de libertad. La prensa anarquista a principios de siglo en Chile, 1897-1907*, memoria inédita, Santiago, Universidad de Chile, Escuela de Periodismo, 1991.

⁴⁵ *El Obrero Libre*, Huara, 26 de marzo de 1903.

⁴⁶ *El Obrero Libre*, Huara, 26 de marzo y 1 de mayo de 1903.

⁴⁷ *El Obrero Libre*, Huara, 19 de noviembre de 1902.

En la siguiente edición, el mismo articulista exclamaba:

“¡No más indiferentismo ni viles humillaciones, compañeros de trabajo! Vamos a la lucha social, a la conquista de la libertad del ‘hombre’ encarcelada por otro hombre. Pongámonos de pie y enrolémonos en la sociedad Internacional Defensora de Trabajadores para que en una gran huelga por medio de la Caja de Resistencia, mañana caigan arrollados a nuestro pies los soberbios salitreros del Tamarugal”.

Por su parte, otro redactor opinaba que la crisis por la que atravesaban los pampinos se debía exclusivamente:

“a la falta de unión y cordura del mismo trabajador para poder apreciar en todo su valor lo que significan las sociedades de resistencia”⁴⁸.

Al final ni el mismo periódico, pese a ser la obra más visible de la asociación, pudo escapar a esta sensación de fragilidad. Los esfuerzos desplegados para “dar vida robusta” a la publicación colocando bonos de cooperación entre sus lectores no lograron evitar que su número 5, correspondiente al 1 de mayo de 1903, fuese el último en aparecer. Concluía así infructuosamente el primer intento orgánico de implantar el anarquismo en las pampas de Tarapacá.

Aquello no significó, sin embargo, que la actividad de sus promotores se paralizara del todo. Cuando en marzo de 1904 arribó a Iquique la primera “Comisión Consultiva” enviada por el gobierno para estudiar la problemática realidad de las provincias salitreras, varios de los dirigentes asociados a la Internacional Defensora de Trabajadores reaparecieron formando parte de un “Comité Obrero de la Pampa” que se entrevistó con el ministro Rafael Errázuriz Urmeneta, presidente de la Comisión. En su presentación, este comité se definía como apoderado de “unos diez o doce mil trabajadores esparcidos en los cantones salitreros”, a su juicio no representados por las sociedades obreras formalmente constituidas que ya había escuchado la Comisión, como la mancomunal o las sociedades de ahorros y socorros mutuos. En conversación personal con el ministro Errázuriz, el comité expuso los principales agravios de sus representados, entre los que se destacaba el pago en fichas inconvertibles, la restricción al libre comercio en las oficinas, los accidentes laborales, la falta de atención médica y educacional, los despidos sin indemnización ni aviso previo, la devaluación de trabajos ya ejecutados, la usurpación de atribuciones judiciales y policiales por parte de los salitreros, la violación de correspondencia, y otros. Como se sabe, varios de estos puntos venían siendo denunciados desde mucho antes, y volverían a figurar en las peticiones de 1907⁴⁹. Concluía el “memorial” señalando que:

⁴⁸ Las dos últimas citas en *El Obrero Libre*, Huara, 10 de diciembre de 1902.

⁴⁹ Ver a este efecto Devés, *Los que van...*, op. cit. y también una interesante comparación entre los petitorios de las huelgas de 1890 y 1907 publicada por Sergio González Miranda en *Hombres y mujeres de la pampa*, Iquique, Taller de Estudios Regionales, 1991, pág. 52.

Los obreros son siempre calumniados y sindicados de revoltosos y anarquistas; que están en peligro las vidas y los intereses de los industriales porque cobran sus salarios, exponen sus quejas y se reúnen para resistir al capital; porque se les oprime, se les veja, se les sustrae el salario con descuentos de vales, o exorbitantes precios de las pulperías. Siempre que los trabajadores se levantan lo hacen en pacífica actitud, y en los últimos tiempos, con la existencia de sociedades de socorro y hasta de resistencia, no se ha oído decir que se haya cometido algún desmán y mucho menos asesinatos ni robos, sino por gente hambrienta que no pertenece a instituciones sociales, y por causa de los mismos salitreros. Las huelgas son siempre ordenadas, y cuando se producen, es porque ya cansan a los obreros con tantos vejámenes, humillaciones y abusos, que tienen que salir de su paciencia y esclavitud, para que haya para ellos un destello de justicia.

Firmaban la exposición ocho delegados encabezados por los ya conocidos Luis Ponce, en representación de los cantones Dolores y Zapiga (los mismos en que había actuado la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores), y Luis Felipe Barrios, representando al cantón La Noria. Aparece también por primera vez entre los antecedentes revisados para este estudio, en calidad de delegado del cantón Alto San Antonio, el nombre de Ricardo Benavides, muy activo posteriormente en el anarquismo tarapaqueño y miembro del Comité de Huelga de 1907 en representación del Gremio de Panaderos de Iquique⁵⁰. Por otra parte, en una información periodística alusiva al mismo hecho se nombra como miembro de la comisión —aunque no figura entre los firmantes— a José del Carmen Aliaga, vinculado años más tarde a Luis Olea y nombrado por Escobar y Carvallo como parte del movimiento anarquista iquiqueño⁵¹. En suma, una nutrida representación anarquista en un grupo que no era particularmente numeroso.

A la luz de la aparente precariedad del anarquismo pampino anterior a 1904, o al menos del poco éxito obtenido en materia de reclutamiento y mantención de iniciativas como la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores o *El Obrero Libre*, no deja de llamar la atención el liderazgo asumido en esta importante gestión ante una comisión gubernamental del más alto nivel. Es verdad que no todos los delegados que bajaron a Iquique han podido ser expresamente identificados como anarquistas, pero que al menos tres sobre un total de ocho sí

⁵⁰ El "Memorial" del Comité Obrero de la Pampa fue publicado en forma de folleto e incluido en el informe oficial de la Comisión Consultiva de 1904, publicado por Manuel Salas Lavaqui con el título de *Trabajos y Antecedentes presentados al Supremo Gobierno de Chile por la Comisión Consultiva del Norte, recopilados por encargo del Ministerio del Interior*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1908, págs. 566-583.

⁵¹ Esta información aparece en *El Tarapacá*, Iquique, 17 de marzo de 1904. Las referencias posteriores son alusivas a 1907, y se pueden encontrar en *El Pueblo Obrero*, Iquique, 7 de septiembre de 1907 y Escobar y Carvallo, "La agitación social...", *op. cit.*, pág. 11. Sin embargo, en su *Diccionario biográfico obrero de Chile*, Santiago, Imprenta y Encuadernación Bellavista, 1912, Osvaldo López identifica a Aliaga como militante demócrata, por cuyo partido se presentó como candidato a las elecciones municipales de 1912; págs. A59 y A60.

lo fuesen resulta bastante significativo, sobre todo considerando que el grupo era portador de poderes que:

“venían firmados por los obreros de cada cantón, reflejando la representación de...más de ocho mil trabajadores”.

La influencia anarquista también se deja sentir en el lenguaje en que está redactado el memorial, así como en sus sugerentes referencias a sociedades de resistencia y huelgas. En suma, queda la impresión de que si bien los anarquistas pueden no haber sido muy afortunados en su ambición de desarrollar un trabajo permanente y masivo en la pampa, su preparación, responsabilidad y entusiasmo sí podían ser reconocidos cuando se necesitaba articular las demandas obreras de una manera más formal. Teniendo presente lo que iba a suceder en 1907, este tipo de legitimación no resulta precisamente irrelevante.

El otro elemento que merece ser destacado en la actuación del Comité Obrero de la Pampa es la armonía con la cual condujo sus relaciones con el Partido Demócrata iquiqueño. Por una parte, la redacción del periódico demócrata *El Pueblo* sirvió prácticamente de centro oficial de operaciones para la delegación, en tanto que su director, el conocido periodista obrero Osvaldo López, fue elegido para dirigir los debates internos y las conversaciones con el Ministro, así como para llevar a cabo la edición final del memorial en forma de folleto. Al terminar su misión, el comité brindó a López un voto de aplauso:

“por sus desinteresados servicios prestados al Comité, y por su enérgica actitud desplegada en pro de la conquista de tan legítimas aspiraciones que persigue la clase obrera de Tarapacá”⁵².

Al mismo tiempo, los delegados pampinos acordaron recibir oficialmente y acompañar por la Pampa:

“a los distinguidos ciudadanos y actuales diputados demócratas, señores Malaquías Concha y Artemio Gutiérrez”,

un despliegue poco habitual de cordialidad de parte de simpatizantes anarquistas frente a políticos profesionales, por mucho que se tratase de representantes de la clase obrera. Como se verá más abajo, ni esta disposición ni este reconocimiento estaban destinados a perdurar.

En todo caso, el protagonismo exhibido en la representación de los trabajadores pampinos parece haber infundido nuevos bríos al anarquismo regional, o al menos así lo sugiere la fundación en la Estación Dolores, el 1 de mayo de 1904, del Centro Libertario “Luz y Libertad”, definido en clásica modalidad

⁵² Salas Lavaqui, *op. cit.*, págs. 581 y 582.

ácrata como un “centro de estudios sociales”. Estableciendo una evidente continuidad con las realizaciones de la época anterior, el centro hizo reaparecer *El Obrero Libre* como su vocero oficial, retomando la numeración interrumpida un año antes y volviendo a figurar a su cabeza Juan Alberto Mancilla y Luis Ponce, acompañados ahora en calidad de tesorero (y seguramente financista, como se verá más abajo) por Juan Domingo Valdés, al parecer propietario de la “Pelquería Pampina”. “Desde las columnas de *El Obrero Libre*”, anunciaba desafiantemente el Centro Luz y Libertad,

“proclamamos la unificación obrera, en agrupaciones gremiales de instrucción social, de resistencia a la ambiciosa explotación capitalista, y de cooperación para la alimentación, vestuario y mobiliario de las familias, como poderosísimo factor, para que en alas del progreso llegue a nuestros hogares desmantelados, el anhelado día de la emancipación de las clases productoras”⁵³.

Proclamaban también la emancipación de la mujer; el carácter de “patrimonio de la humanidad” del trabajo y la producción; la naturaleza criminal de la guerra y la propiedad; la primacía de la razón por sobre los prejuicios “de patria, política, leyes o religión”; y el empleo de la tribuna, la prensa, el libro y el folleto como medios de propaganda.

Marcando algún matiz de diferencia con su versión original, el nuevo *Obrero Libre* no disimulaba en lo más mínimo su adhesión al “Ideal Libertario”, aun cuando Ponce y Mancilla firmaban ahora varios artículos abiertamente con sus nombres. Aparece aquí también por primera vez en una publicación anarquista tarapaqueña una colaboración de Luis Olea, quien de acuerdo con el testimonio de Escobar y Carvallo tendría que haber estado recién llegado a la provincia. Hay, incluso, un tono mucho más resuelto al momento de debatir con otras ideologías o defender las propias estrategias. Así, en un artículo dedicado a “Las huelgas en Chile” se dice abiertamente que

“la lucha económica debe ser violenta, revolucionaria si posible es, para que pueda producir efecto; sin la violencia, nunca conseguiremos nada y sólo legaremos a nuestra prole, nuevos eslabones a la cadena que hoy nos oprime”.

Si en Chile las huelgas no habían rendido los frutos esperados, se aseguraba, era por

“ese respeto a las leyes o patriotismo de que se hace gala y que llega al fanatismo”.

⁵³ *El Obrero Libre*, Estación Dolores, 20 de mayo de 1904.

Peor aún:

“Al revés de lo que en otra parte sucede los movimientos obreros en Chile han sido y son solamente parciales, pues no existe la solidaridad de gremios, salvo honrosas excepciones. Los gremios de resistencia que son los que producen estos movimientos no están aquí debidamente constituidos, pues en ellos no han faltado obreros políticos o patrioteros que le han dado un carácter nacional, olvidando quizás que la patria del trabajo no reconoce fronteras”⁵⁴.

En consonancia con este nuevo estilo, el periódico se demuestra también mucho más agresivo frente a otras agrupaciones obreras, tildando a Malaquías Concha de “burgués” y “explotador”, a los demócratas de “comediantes políticos” y a la Convención Mancomunal de poco respetuosa de la representatividad de los delegados anarquistas. En relación con esto último dice que

“da asco ver cómo hombres que se dicen representantes de colectividades obreras, se presten a ser instrumento de individuos que sólo se ocupan de su yo; pueden estar sí, seguros que ya el obrero va comprendiendo que no necesita de tutores ni representantes de ningún género, que esos falsos representantes del pueblo sólo quieren vivir a su costa y que muy pronto sin el auxilio de nadie pedirá estricta cuenta a gobierno y gobernantes, sin convenciones ni nadie que piense por él”⁵⁵.

Luis Emilio Recabarren, en cambio, encarcelado por esos mismos días en Tocopilla, recibe un trato mucho más laudatorio, calificándose de

“modelo de convencido luchador por la emancipación de sus hermanos de esclavitud social”⁵⁶.

Así y todo se estaba, evidentemente, muy lejos del espíritu unitario exhibido por el Comité Pampino apenas unos meses antes.

No obstante su mayor beligerancia, el nuevo *Obrero Libre* no pudo prolongar su propia existencia más allá de la de su predecesor, extinguiéndose, ahora sí definitivamente, con la aparición de su segundo número el 25 de junio de 1904. Sin embargo, a comienzos de 1905, en la misma localidad de Dolores, con la misma dirección postal, y con varios de los mismos editores (Ponce, Mancilla y Valdés), salía a circulación el periódico anarquista *La Agitación*, órgano de un grupo libertario “La Agitación” que a la postre no resultó ser otra cosa que el

⁵⁴ Las últimas citas en *El Obrero Libre*, Estación Dolores, 20 de mayo de 1904.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *El Obrero Libre*, Estación Dolores, 25 de junio de 1904.

mismo antiguo grupo "Luz y Libertad", creador de *El Obrero Libre*⁵⁷. Como éste, *La Agitación* retomó los llamados a la formación de sociedades y federaciones de resistencia, se orientó en forma especial a los obreros pampinos y dedicó numerosos artículos a promover la emancipación de la mujer. Ricardo Benavides, a quien ya se ha visto en compañía de Ponce en el comité pampino de 1904, incursionó aquí por primera vez en la prensa anarquista como autor de reflexiones destinadas a la mujer, entre ellas "La mujer ante el problema social", "Flor del Tamarugal" o "El vestido de novia"⁵⁸. También reapareció en las páginas de *La Agitación* la antigua Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores y Caja de Ahorros, en la que el grupo libertario participaba activamente y a la que sirvió, como el primer *Obrero Libre*, de órgano de expresión⁵⁹. En suma, son numerosos los elementos que presentan a este nuevo colectivo como continuador de una acción anarquista regional de relativamente larga data, que pese a la indiferencia o la hostilidad ambiente se las ingeniaba para volver a resurgir después de cada fracaso.

En esta oportunidad, sin embargo, el renacer libertario exhibía algunos signos más novedosos. Para comenzar, habría que consignar que *La Agitación* logra sobrevivir más tiempo que ningún otro periódico anarquista del período, alcanzando a publicar un total de dieciocho números durante gran parte del año 1905. Asimismo, la calidad de la edición y el nivel de los artículos revelan un grado mucho mayor de solvencia material y desplante ideológico que las expresiones anteriores. Entre otras cosas, el ideario anarquista se expone aquí con mayor nitidez y profundidad, tanto en la proclamación de las propias convicciones como en la polémica con otras doctrinas obreras. Así, en uno de los primeros números aparece un artículo titulado "¿Qué Hacer?" donde se llama a los pampinos a alejarse de la urna electoral, "donde en tiempos de elecciones van los ciudadanos a abdicar de sus derechos";

a emanciparse

"de todos los vicios como el alcohol, el tabaco, el juego, la prostitución, etc., que degeneran nuestro físico y rebajan nuestra moral";

a abstenerse de toda relación con gentes de autoridad,

"rehuyendo todo contacto con policías, abogados y jueces"; a "hacer prácticas nuestras ideas en el hogar, en el taller, en la calle y por doquiera nos encontremos, propagando con el ejemplo la solidaridad, la libertad y la

⁵⁷ Esto lo dice el propio Luis Ponce en el N° 15 de *La Agitación*, Estación Dolores, 9 de septiembre de 1905.

⁵⁸ *La Agitación*, Estación Dolores, 9 de junio, 15 de julio y 9 de septiembre de 1905.

⁵⁹ Así, por ejemplo, en el artículo "Propaganda Libertaria", aparecido en *La Agitación*, Estación Dolores, marzo de 1905.

moral anárquica”; a “dar libertad y cultura a la mujer y a los hijos, enseñándoles a ser prácticamente justos, buenos, libres y fuertes”; a instruirse cada vez más “en las ciencias naturales, las matemáticas, la filosofía y la sociología, para aportar nuestro contingente a la obra común de emancipación humana”; y, por fin, a “volver lenta pero seguramente al estado de vida de la naturaleza, único en armonía con la higiene y la moral”⁶⁰.

A juzgar por lo que se ha podido revisar, este periódico trajo por primera vez a Tarapacá conceptos como “moral anárquica” o “anarquía comunista”, atreviéndose a sostener por escrito que, lejos de ser un agente de disolución social,

“la anarquía es la paz y el orden, porque es el amor y la justicia, porque no hay guerra ni desorden donde no hay tiranos ni verdugos”⁶¹.

O, más decididamente aún.

“Eso es lo que proclama la ANARQUIA, trabajadores del Mundo! Que los medios de alimentación, de vestuario, de instrucción, de trabajo y de ilustración sean propiedad común, para que quiten de la superficie de la tierra el tenebroso manto que les cubre de ignorancias, de fanatismos, de vicios y de esclavitudes, a fin de que brille en todo su esplendor, mi hermoso Sol de la libertad, la igualdad y la fraternidad para la gran familia humana”⁶².

De igual forma, en el plano de la polémica *La Agitación* se reveló mucho más categórica e intransigente que cualquiera de sus antecesores. Como era de suponerse, esta actitud se ensañó particularmente en aquellos representantes del mundo obrero que habían optado por la acción política convencional, respecto de quienes el nuevo portavoz del anarquismo tarapaqueño no abrigaba otro sentimiento que la condena y el desprecio. En referencia específica al accionar del Partido Demócrata y a la supuesta labor benéfica de los legisladores salidos de las propias filas obreras, un articulista señalaba que

“los hechos se encargan de hablar con más elocuencia que las palabras. ¿Qué han sido los diputados y municipales obreros en todos los períodos sino unos nuevos explotadores de la credulidad y buena fe de los trabajadores? Hay en Chile cierto famoso partido obrero que ha dado ya algunos diputados, y cuya historia es un continuo tejido de intrigas,

⁶⁰ *La Agitación*, Estación Dolores, marzo de 1905. Es interesante cotejar estos principios con el análisis del ideario ácrata que realiza Claudio Rolle en su obra citada.

⁶¹ *La Agitación*, Estación Dolores, marzo de 1905.

⁶² *La Agitación*, Estación Dolores, 15 de julio de 1905.

peculados y claudicaciones que debe avergonzar a todo obrero consciente y honrado”⁶³.

“Sabemos”, terciaba otro en forma aún más lapidaria,

“que estos falsos redentores vendrán mañana, con sus hipócritas palabras, a solicitar el voto de los crédulos trabajadores para seguir representando en el Parlamento la rufianesca farsa de la defensa de los trabajadores”⁶⁴.

Blanco predilecto de estas andanadas eran los caudillos demócratas más cercanos al mundo oficial, como Malaquías Concha y Artemio Gutiérrez o, en el plano regional, Osvaldo López, pero tampoco alcanzaba a librarse de ellos el otrora reconocido líder Luis Emilio Recabarren, descalificado ahora como exponente del “socialismo burgués”⁶⁵. La “comedia política”, viniera de donde viniese, no era sino una farsa protagonizada por

“charlatanes de la democracia que han puesto su conciencia a pública subasta, como meretrices que venden sus caricias por un puñado de monedas”⁶⁶.

En rigor, esta animosidad contra la política partidista no era inusual entre los promotores de una idea que anteponeía la lucha social y revolucionaria a toda otra forma de avanzar hacia la emancipación obrera.

“Antes que las escaramuzas políticas a favor de tal o cual obrero, aspirante a mandoncillo”,

fustigaba la edición del 6 de agosto,

“están los preliminares de la lucha social: aumento de salarios, disminución de las horas de trabajo, higiene de habitaciones y fábricas, prensa sociológica, bibliotecas sociológicas, estudios sociales, propaganda libertaria”.

Sin embargo, *La Agitación* tampoco se demostraba más generosa en su tratamiento de las entidades de carácter más estrictamente social, como la mancomunal o las asociaciones obreras. Así, mientras la primera era calificada de pusilánime e ineficaz, al punto de merecer el apelativo de “razón social Abdón Díaz y Cia.”,

⁶³ *La Agitación*, Estación Dolores, 12 de agosto de 1905.

⁶⁴ *Ibid.*

⁶⁵ Ver, por ejemplo, *La Agitación*, Estación Dolores, 8 y 12 de agosto, 16 de septiembre y 26 de octubre de 1905.

⁶⁶ *La Agitación*, Estación Dolores, 12 de agosto de 1905.

el movimiento asociativo tarapaqueño en su conjunto daba lugar, bajo el título de “El fin de una mascarada”, a los siguientes juicios:

“Los Mesías de esta árida región han usufructuado, durante toda una década de los sudores y fatigas de los trabajadores de esta provincia: han explotado el rico filón de la inagotable mina de los sufrimientos proletarios, industria tan infame como lucrativa a que se dedicaron muchos miserables, fracasados en la lucha por la vida, que arrebatan el mendrugo al pobre, seduciéndolo con sus cantos de sirena... Toda una turba de farsantes, tan llenos de voracidad como vacíos de conciencia, han mistificado las multitudes que, en su ansia de mejorar de situación y siempre llevados de su ingenuidad, han escuchado a esa caterva de timadores sedientos de oro, que nunca tuvieron escrúpulos para ofrecer al pueblo *la mar y los pescados* a condición de que se entregaran maniatados en sus garras, para poder ¡infames! venderlos a sus enemigos cuando lo creyeran conveniente según el precio”⁶⁷.

La radicalización de las posiciones y la virulencia de los ataques podrían atribuirse, en otro rasgo diferenciador de *La Agitación* respecto de manifestaciones anarquistas anteriores, a la mayor presencia en ella de militantes venidos desde las regiones de más al sur. Efectivamente, muchos de los artículos más doctrinarios del nuevo periódico aparecen firmados por ácratas de figuración nacional mencionados al comienzo de este trabajo, como Julio Valiente, Ignacio Mora y Francisco Pezoa, todos radicados por entonces en la pampa tarapaqueña. Asimismo, entre los integrantes del grupo libertario *La Agitación* se nombra al antiguo oficial mecánico de la escuela de Artes y Oficios y dirigente anarquista de Valparaíso, Luis Guerra Sarmiento. A decir verdad, las memorias de Escobar y Carvallo no vacilan en adjudicar la creación misma del núcleo *La Agitación* –al que sitúan erróneamente en la localidad de Pozo Almonte– a esos emigrados, haciendo abstracción de la presencia de militantes regionales más antiguos como Ponce, Benavides o Mancilla⁶⁸.

Como sea, la mayor disposición que incluso estos últimos evidencian para redactar y firmar contribuciones de carácter cada vez más teórico y militante puede efectivamente haberse nutrido de la convivencia con correligionarios más experimentados. Así, en el número 6 de *La Agitación* se publica un artículo de Benavides titulado “Los Gobiernos”, en que razona sobre el carácter intrínsecamente opresor de los detentores de la violencia organizada y representantes de la “trilogía Patria, Capital y Religión”, cuya destrucción es la única fórmula de emancipación real para los pueblos:

⁶⁷ *La Agitación*, Estación Dolores, 9 de junio de 1905.

⁶⁸ Escobar y Carvallo, “La agitación social...”, *op. cit.*, pág. 8.

“Compañeros: ¿queréis ser libres? ¿no queréis mantener zánganos ni parásitos galoneados o de coronas rapadas? absteneos pues de ir al cuartel (escuela del crimen) y de abdicar de vuestra individualidad en el pupitre, que si os asusta la violencia, con esto solo haréis caer en la nulidad a los Gobiernos”.

Por su parte, en un número posterior Luis Ponce se extiende largamente sobre el principio de la igualdad social,

“hermoso tema de ciencias sociales, lastimosamente mal comprendido por muchos ciudadanos que dicen poseer profundos conocimientos sociológicos, sobre la lucha contemporánea entre el proletariado y la burguesía”.

No perseguían los anarquistas, clarificaba Ponce, el absurdo propósito de que

“todos tengan la misma estatura y color, que coman, beban y vistan de una misma calidad, que tengan el mismo grado de raciocinio, de fuerza y de inteligencia”, sino que “todos los seres humanos tengan asegurado el derecho natural al alimento nutritivo del estómago y al alimento intelectual del cerebro, para que puedan desarrollar libremente toda su potencia física, moral e intelectual”.

Y estas reflexiones, escritas

“bien sencillo y sin frases complicadas”, las compartía a título de obrero que se dirigía “a nuestros hermanos más atrasados en miseria e ignorancia”⁶⁹.

Por último, el compromiso más intenso con la causa de la anarquía se expresaba también en las formas de funcionamiento y convivencia. Esto se aplicaba desde la administración misma del periódico la que, según una declaración de principios aparecida en respuesta a una afirmación del demócrata *El Pueblo* de que *La Agitación*, era dirigida por Luis Ponce,

“para reflejar las aspiraciones anarquistas, debía empezar por organizarse anárquicamente, esto es, en su seno no se toleran ni caudillos, ni mandones, ni generales, ni directores de ninguna especie”⁷⁰.

También la edición estaba sujeta a similares exigencias, tanto en lo referente al financiamiento (“aparece cuando puede por erogaciones voluntarias”)⁷¹ como a los contenidos:

⁶⁹ *La Agitación*, Estación Dolores, 30 de septiembre de 1905.

⁷⁰ *La Agitación*, Estación Dolores, 9 de septiembre de 1905.

⁷¹ Subtítulo de los primeros números de *La Agitación*.

(“El grupo anarquista autor de *LA AGITACION* compuesto de trabajadores de la Pampa, ruega a los compañeros anarquistas de todas partes, tengan a bien contribuir con sus colaboraciones a dar vigor y consistencia a esta publicación, pues los individuos que la sostienen, esclavos como son en esta pampa, no tienen materialmente tiempo disponible para llenar con sus colaboraciones un periódico que... absorbe mucho material de lectura”)⁷².

En otro plano, y en una iniciativa muy propia del anarquismo de aquellos años, los miembros del colectivo se propusieron reunir fondos para fundar una “colonia comunista” en la provincia de Coquimbo, empleando al efecto unos terrenos cedidos por su tesorero Juan Domingo Valdés. Por medio de este proyecto pensaban

“probar al mundo entero, que la Humanidad, cuando se haya despojado de la ferocidad de la explotación capitalista, de la locura guerrera, de la tiranía que se impone voluntariamente por medio de los gobiernos, de la enfermedad mental del fanatismo religioso... para vivir conforme a las leyes de la Naturaleza, la ANARQUIA será su evangelio de amor y de libertad, su reinado de igualdad y de bienestar humano”⁷³.

Lamentablemente, el fallecimiento de Valdés a la prematura edad de 31 años, víctima, al parecer, de un encarcelamiento que le valió pasar “dos noches y un día colgado de las dos piernas en la barra”, truncó este ambicioso propósito.

A la postre, la muerte de Juan Domingo Valdés acarrió también la desaparición de *La Agitación*, de la cual resultó haber sido, ante la persistente insuficiencia de las contribuciones voluntarias, el principal sostenedor económico. Sin quererlo, esta circunstancia revela que la mayor duración y la aparente solidez de este periódico ocultaban una precariedad material no muy distinta de la de sus predecesores, y ello sin perjuicio de la nutrida concurrencia de los emigrados del sur. Una parte importante del problema parecía radicar, como ya había sucedido antes, en el escaso eco que se había logrado despertar entre el público solicitado. Así lo sugiere la última edición de *La Agitación*, en que junto con homenajear la consecuente, aunque breve vida de Valdés, lamentaba que su

“labor de enseñanza altamente práctica para la bien entendida emancipación económica y moral del proletariado, no parece ni siquiera haber encontrado un eco simpático y de franca adhesión entre la gente trabajadora de la provincia, consumida por letal apatía o entregada ciegamente a la anonadadora influencia de pérfidos explotadores y más funestos pastores”⁷⁴.

⁷² *La Agitación*, Estación Dolores, 9 de septiembre de 1905.

⁷³ *La Agitación*, Estación Dolores, 26 de octubre de 1905.

⁷⁴ *Ibid.*

Vista en esta perspectiva, la iniciativa de marcharse a una colonia libertaria lejos de Tarapacá bien pudo haber sido más un síntoma de desaliento que una prueba de vigorosa expansión.

Pero no toda la obra de *La Agitación* parece haber caído en terreno yermo, al menos no en el sentido de que con su desaparición hayan flaqueado los esfuerzos por consolidar el anarquismo en la pampa tarapaqueña. Antes, incluso, de que aquel periódico dejara de circular, en la localidad de Negreiros (muy cercana a Dolores) se formó un grupo de estudios sociales *Instrucción Obrera*, inspirado expresamente en el grupo Luz y Libertad:

“que tan hermosos frutos está dando al creciente desarrollo de la cultura moral e intelectual de los trabajadores del Tamarugal, organizando conferencias y distribuyendo libros, revistas, folletos y periódicos sociológicos, a quien quiera instruirse en la cuestión social, interesantísima cuestión para los trabajadores pensadores que abandonando el estado de bestias de carga, se dedican a profundos estudios”⁷⁵.

Al igual que su modelo, el grupo *Instrucción Obrera* se proponía fundar una “biblioteca sociológica” y un “periódico libertario”, para juntos inducir acciones similares en otros cantones salitreros y desde allí avanzar hacia la formación de “federaciones cantonales de resistencia”. Ya fenecida *La Agitación*, en Pozo Almonte volvió a levantar cabeza la veterana Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores, la que según propia confesión venía de un largo período de decadencia. Bajo un directorio encabezado por nombres aparentemente nuevos, como Florentino Astete, Enrique Salas y Carlos Silva, la sociedad comenzó a publicar el periódico *El Pensamiento Obrero*, el que bajo la dirección del antiguo colaborador de *La Agitación*, Julio Valiente, alcanzó a sacar seis números entre diciembre de 1905 y marzo de 1906. Otros objetivos de la renacida institución eran la fundación de una escuela diurna y otra nocturna en Pozo Almonte, además de la infaltable biblioteca pública de orientación científica y sociológica⁷⁶.

Aunque *El Pensamiento Obrero* se expresaba en un lenguaje más comedido y unitario que *La Agitación*, brindando, incluso, elogiosos conceptos a los diputados demócratas y llamando a superar “las egoístas rencillas causantes de los males que nos azotan”, ello finalmente no lo libró de la represión oficial. A comienzos de 1906, al intentar su editor Julio Valiente solidarizar con una huelga en el puerto de Pisagua, fue encarcelado y deportado a Tocopilla. De allí consiguió volver a Iquique en compañía del propio Alejandro Escobar y Carvallo, pero sólo para compartir con él un mismo calabozo⁷⁷. Estas vicisitudes y el siempre problemático asunto del financiamiento

⁷⁵ *La Agitación*, Estación Dolores, 19 de agosto de 1905.

⁷⁶ *El Pensamiento Obrero*, Pozo Almonte, 30 de diciembre de 1905.

⁷⁷ *El Pensamiento Obrero*, Pozo Almonte, 2 de marzo de 1906.

parecen haber precipitado la temprana clausura del periódico, pero no así de su institución sostenedora, la que sigue siendo mencionada esporádicamente en otra prensa regional. Así, en diciembre de 1906 se le adjudica la creación de una escuela en la oficina Santiago, cerca de Huara, lo que indica que al menos esa línea de acción societaria se mantenía activa⁷⁸. A decir verdad, el fomento de la escolaridad, al parecer, se convirtió en la principal preocupación del anarquismo pampino en esta etapa de su existencia, pues por este mismo tiempo se creó una escuela mixta "Benjamín Franklin" en la oficina California, cuyo directorio estaba presidido nada menos que por Luis Ponce⁷⁹. Anexa a dicha escuela se proyectaba fundar, como era de suponerse, una nueva biblioteca obrera,

"gran valla colocada en las puertas de la taberna, que tan horribles desastres causa a los hogares de la clase trabajadora".

Con todo, *El Pensamiento Obrero* es el último periódico pampino de orientación anarquista que se ha podido detectar en el período aquí considerado. Llegado el año de la huelga y, al parecer, por primera vez desde su aparición en la provincia, el anarquismo tarapaqueño finalmente descendió desde los cantones salitreros al puerto de Iquique.

El principal símbolo de esta nueva etapa fue el varias veces mencionado Centro de Estudios Sociales *La Redención*, en el que junto al ya consabido Luis Ponce reaparece, después de un largo silencio y por primera vez en un papel públicamente protagónico, el futuro dirigente huelguista Luis Olea, representando -sugerentemente- a la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores⁸⁰. Mencionado por primera vez en la prensa "burguesa" de Iquique hacia el mes de marzo de 1907, este nuevo centro anarquista tarapaqueño se dedicaba como sus antecesores, y según el testimonio de Escobar y Carvallo, a "dictar conferencias y publicar una revista literario-socialista"⁸¹. En relación con lo primero, llama la atención su intervención en un acto público organizado por las sociedades obreras para repudiar un proyecto de inmigración china que a la sazón promovía la Asociación de Salitreros, y en el que actuaron como oradores Luis Olea, Luis Ponce y el veterano anarquista Juan Alberto Mancilla, esta vez representando a la Sociedad Tipográfica. Entre las conclusiones del comicio, elevadas al conocimiento del Presidente de la República, se incluían frases tan poco consecuentes con el ideal libertario como la de que:

⁷⁸ *El Nacional*, Iquique, 21 de diciembre de 1906.

⁷⁹ *El Nacional*, Iquique, 29 de noviembre de 1906. La oficina California estaba situada en el cantón Dolores, antiguo reducto de los núcleos anarquistas pampinos.

⁸⁰ *El Nacional*, Iquique, 7 de mayo de 1907.

⁸¹ *El Nacional*, Iquique, 17 de marzo de 1907; Escobar y Carvallo, "La agitación social...", *op. cit.*, pág. 11.

“el mestizo chino es un degenerado físico y moral con propensión a la tisis pulmonar, raquítico y contrahecho, el que llegará a ser en un futuro muy cercano vergüenza de nuestra patria y de nuestra estirpe”⁸².

Luego de algunas consideraciones igualmente sorprendentes sobre los efectos funestos que dicha inmigración tendría sobre la salud pública, el consumo de mercaderías nacionales y la defensa del territorio, el manifiesto concluía asegurando que:

“en modo alguno significa nuestra protesta un rechazo a la inmigración europea; antes por el contrario estimamos que ella significa adelanto y civilización para nuestro país, por lo que aplaudiremos sin reserva cualquiera medida tendiente a fomentarla”.

En este caso al menos, los temores obreros frente a una competencia más barata en medio de una coyuntura recesiva resultaron más fuertes que el amor anarquista hacia la humanidad.

Poco tiempo después, y esta vez bajo la advocación de la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores, Luis Olea convocaba al proletariado iquiqueño a un nuevo acto público destinado a

“constituir EL GRAN TRIBUNAL DEL PUEBLO, donde la voz fiscalizadora de la justicia popular, ventilará en la tribuna libre las cuestiones que amenazan el presente y el porvenir de esa clase; desenmascarando a todas las vestales de nuestra política, responsables de la crisis económica y del naufragio de la paz social y del crédito y dignidad nacional”⁸³.

Específicamente, la reunión se proponía protestar contra un proyecto de reforma a la instrucción pública que acababa de aprobar el Senado; contra una nueva emisión de papel moneda que preparaba el Ejecutivo; y contra la concesión del matadero municipal de Iquique a dos particulares, favorecida por la mayoría del gobierno local. En digno estilo libertario, junto con repudiar a casi todas las ramas del gobierno, se ofrecía tribuna libre para tratar dichos asuntos “en la forma que se desee, dentro de los límites de la cultura y del respeto al derecho ajeno”, incluyendo desde luego a los partidarios de las medidas criticadas⁸⁴. Pese a ello,

“el pueblo de Iquique no correspondió como debía al llamado que se le hizo, para tratar de asuntos de altísima importancia en que van en juego su bienestar y su porvenir”,

⁸² *El Nacional*, Iquique, 7 de mayo de 1907.

⁸³ *El Nacional*, Iquique, 11 de agosto de 1907.

⁸⁴ *El Nacional*, Iquique, 9 y 11 de agosto de 1907.

los que en todo caso fueron nuevamente elevados a la consideración del Presidente de la República⁸⁵. Firmaba dicha comunicación como presidente de la Sociedad Internacional Defensora de Trabajadores Florentino Astete, el mismo que un año antes encabezara la publicación de *El Pensamiento Obrero* de Pozo Almonte.

La vocación periodística tampoco estuvo ausente del quehacer del Centro de Estudios Sociales La Redención, expresándose primeramente a través de la publicación en Iquique de *El 1º de Mayo*. Este órgano, que sólo alcanzó a poner en circulación tres números entre mayo y agosto de 1907, retomaba el antiguo llamado a formar “comités y organizaciones de resistencia” y se hacía portavoz del principio de que

“La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos”⁸⁶.

Luego de su desaparición, Luis Olea intentó formar un nuevo periódico obrero con la ayuda de una “sociedad cooperativa periodística” por acciones, lo que le valió serias discordias con la prensa obrera establecida, tanto mancomunada como democrática. La pugna fue particularmente enconada en el caso del diario democrático *El Pueblo Obrero*, cuyos sostenedores denunciaron repetidamente los intentos de Olea –apoyado en esta iniciativa por el antiguo delegado del Comité Pampino de 1904 y ahora vendedor de joyas José del Carmen Aliaga– de sustraerle a sus lectores pampinos mediante engaños⁸⁷. Como también lo ha reparado Eduardo Devés, ya en pleno desarrollo de la huelga de diciembre estas diferencias aún enturbiaban una unidad obrera que las circunstancias hacían más imperiosa que nunca. Así, en sus ediciones del 18 de diciembre, tanto *El Pueblo Obrero* como *El Trabajo*, órgano oficial de la mancomunada, denunciaban la actitud “extemporánea e inconsciente” de “improvisados redentores, paladines y caudillos” que pretendían aprovechar la gran concentración de trabajadores para llevar aguas a su propio molino, pretextando que “en Iquique según ellos no había prensa obrera”⁸⁸. Los años de descalificaciones y controversias entre anarquistas, mancomunados y democráticos no se disiparon fácilmente.

Pese a ello, y pese al fracaso de Olea y su Centro de Estudios Sociales en el intento de levantar un periódico obrero alternativo, se sabe que uno y otro tuvieron una figuración más que connotada en la conducción misma de la huelga. Como ya se ha dicho en otra parte, junto a Olea ingresaron al directorio huelguístico el presidente del centro Manuel Esteban Aguirre y el preceptor

⁸⁵ *El Nacional*, Iquique, 13 de agosto de 1907.

⁸⁶ *El 1º de Mayo*, Iquique, 11 de mayo de 1907.

⁸⁷ *El Pueblo Obrero*, Iquique, 7, 12 y 28 de septiembre, 28 y 30 de noviembre, 10 de diciembre de 1907.

⁸⁸ *El Trabajo*, Iquique, 18 de diciembre de 1907; *El Pueblo Obrero*, Iquique, misma fecha; Devés, *Los que van...*, op. cit., págs. 127-130.

Carlos 2º Ríos. También estaban allí Ricardo Benavides y Sixto Rojas, y posiblemente, aunque en ninguna parte se le identifica como miembro del Centro Redención, el antiguo director de *El Obrero Libre* Rosario Burgueño. Tampoco debe olvidarse la actuación de Luis Ponce como uno de los oradores principales del *meeting* efectuado en Zapiga el día 15 de diciembre, en vísperas del descenso pampino a Iquique. Todas estas circunstancias vuelven a poner sobre el tapete la interrogante con que se inició este trabajo, pero ahora bajo una luz hasta cierto punto paradójica: ¿cómo fue posible que un grupo tan reducido, y con tan pocos antecedentes comprobados de liderazgo de masas, haya ocupado un lugar tan protagónico en la conducción de la huelga salitrera más grande de la década?

Porque lo que se ha visto hasta aquí sugiere que, con la posible excepción del “Comité Pampino” de 1904, el anarquismo nunca logró echar raíces demasiado profundas en Tarapacá. Aunque la actividad reseñada abarca un período bastante prolongado y no parece haber sufrido demasiadas interrupciones, la impresión que queda es que los grupos y la prensa anarquista sobrevivieron precariamente en un medio que nunca les fue muy acogedor. En Iquique, y pese a lo que otros autores han dicho sobre su supuesta presencia en la mancomunal, los antecedentes aquí revisados no revelan ninguna actuación visible antes de la fundación del Centro de Estudios La Redención, pocos meses antes del estallido de la gran huelga. Tampoco se ha podido identificar alguna actuación conductora de parte del anarquismo iquiqueño en las numerosas huelgas que se desarrollaron en los años previos, y eso en un período que para el anarquismo nacional se reveló más que favorable. En cuanto a la Pampa, que fue donde el accionar libertario se concentró por más tiempo y donde el movimiento de 1907 adquirió su verdadera masividad, los resultados no parecen haber sido más alentadores. Aparte de la fragilidad de las obras y la reiteración en ellas de los mismos y pocos militantes, el propio desaliento de los testimonios libertarios así lo sugiere. Desde las columnas de *La Agitación*, que por lo demás marcó el período de mayor resonancia propagandística anarquista en la Pampa, Ricardo Benavides denunciaba que

“las sociedades de resistencia o parodias de tales que en esta provincia han existido y existen, no merecen a nuestro juicio tal nombre, pues todas ellas han adolecido y adolecen de defectos que son una negación de la resistencia misma”⁸⁹.

El fracaso de todas las huelgas pampinas, agregaba en una edición posterior su compañero Juan Alberto Mancilla, podía atribuirse:

“con toda franqueza a que la unión y solidaridad no ha existido en estos movimientos y que todo ha sido obra del entusiasmo del momento, que

⁸⁹ *La Agitación*, Estación Dolores, 17 de junio de 1905.

⁹⁰ *La Agitación*, Estación Dolores, 8 de julio de 1905.

después de haber obtenido alguna pequeñísima concesión de lo legítimamente pedido, han abandonado los principios de fraternidad que deben existir entre los trabajadores ante los vejámenes sin cuento a que están expuestos de parte de los desalmados y avarientos salitreros⁹⁰.

“Es necesario que las futuras organizaciones obreras de Tarapacá”, remachaba en el mismo sentido “Justo Rebelde”, “no caigan en el error de las antiguas, en las que los trabajadores aprendieron más bien a *gemir* que a ser *hombres*. En las que los trabajadores aprendieron a *adorar a los caudillos*, en vez de haber aprendido a ser conscientes, instruidos y *rebeldes* a las explotaciones del Capital, y a las mentiras de la *Política*”⁹¹.

Palabras amargas para quienes encabezarían la mayor de todas las huelgas pampinas, pero perfectamente comprensibles entre quienes durante seis años no habían logrado fundar una sola sociedad de resistencia efectiva ni dirigir una sola huelga exitosa⁹². En esa perspectiva, el liderazgo asumido en 1907 ya no sólo aparecería como paradójal sino como derechamente incomprensible.

ANARQUÍA Y BARBARIE

Una primera posibilidad es que el liderazgo anarquista nunca haya sido tal, sino un simple espejismo retrospectivo basado en la actuación de Olea, la presencia de algunos otros ácratas reconocidos, y la presunta militancia de Brigg. En aval de esa hipótesis podría decirse que la trayectoria y la experiencia de Olea lo convertían en un líder casi natural para una coyuntura como la de 1907, aunque su aparente falta de figuración regional hasta pocos meses antes arroja algunas dudas sobre dicha inferencia. Parecidas consideraciones podrían hacerse valer para los otros dirigentes libertarios, cuya conducta estaría dentro de la más absoluta lógica doctrinaria: ¿habría sido concebible que quienes se habían pasado años predicando las bondades de la huelga revolucionaria se restaran de una situación de esa naturaleza? Por último, por lo que respecta a Brigg, sigue pareciendo extraña la ausencia de toda mención a su persona antes de la huelga misma, al menos en las fuentes de origen anarquista que aquí se han revisado. ¿Será posible que su militancia haya sido *fruto* más que antecedente de la experiencia de la escuela Santa María?

En todo caso, y en cualquiera de las hipótesis anteriores, la presencia anarquista en la conducción del movimiento aparecería como un elemento más bien circunstancial que como el resultado de influencias profundas y prolongadas al

⁹⁰ *La Agitación*, Estación Dolores, 22 de julio de 1905; todos los énfasis en el original.

⁹² Según Floreal Recabarren, las primeras sociedades en resistencia propiamente tales en Tarapacá fueron la Sociedad Tipográfica en Resistencia y el Gremio de Caldereros en Resistencia, ambos fundados en 1909, *Historia del proletariado...*, op. cit., pág. 199.

interior de la clase obrera tarapaqueña. Un escenario como ése habría sido favorecido por la aparente ausencia de conductores alternativos, como la mancomunal o los demócratas, cuyo vacío de liderazgo habría facilitado la rápida intromisión de un grupo decidido, aunque pequeño, como los anarquistas. Es verdad que esta interpretación no haría sino desplazar el eje de la pregunta hacia las causas de aquella automarginación, bastante difícil de explicar a la luz de lo que había sido la trayectoria anterior de ambas agrupaciones en la provincia de Tarapacá. Dicha empresa sobrepasa los límites de este trabajo, aunque para el caso de la mancomunal tanto Devés como el trabajo de Pablo Artaza citado más arriba entregan sugerentes elementos de juicio⁹³. Más difícil de evaluar es la conducta del Partido Demócrata, cuyo periódico *El Pueblo Obrero* sí brindó un apoyo sustancial al movimiento y cuyos partidarios, aunque hasta ahora no hayan sido identificados como tales, bien pudieron formar parte de sus instancias directivas. Devés, por ejemplo, sostiene que la agitación pampina que preparó el camino para la huelga fue más tributaria de la iniciativa demócrata (o incluso mancomunada) que anarquista⁹⁴. También Vitale y Crisóstomo Pizarro postulan algún liderazgo demócrata, aunque el segundo relativiza su afirmación aludiendo a eventuales “reservas de un sector de demócratas sobre algunos aspectos del movimiento”, presumiblemente aquéllos de mayor potencialidad violentista o que podían deslegitimar frontalmente el orden establecido⁹⁵. Pero aun concediendo que la democracia iquiqueña pudo jugar un papel más importante que el que aquí se le ha reconocido, no cabe duda que su actuación no estuvo ni a la altura de su propia fuerza local ni de la que tuvo un grupo mucho más débil, como el libertario. En ese contexto, la tesis del “vacío de liderazgo” cobra nuevos bríos.

Hay todavía una tercera explicación posible para el “anómalo” protagonismo anarquista, y que se sustenta sobre la muchas veces afirmada separación, en el ámbito de movimientos obreros, entre liderazgo y masa. De acuerdo con esta visión, la “masa obrera” nunca ha sido muy proclive ni se ha interesado demasiado en las sutilezas doctrinarias o la disciplina personal exigidas por cualquier militancia política u organizativa. Estas últimas cualidades sólo aflorarían en individuos de características muy particulares, que formarían el núcleo de “cuadros” o militantes convencidos al estilo de un Luis Emilio Recabarren o de los escasos apóstoles del anarquismo que este estudio ha logrado identificar. En tiempos de crisis o necesidad extrema, sin embargo, como claramente lo habría sido la huelga de 1907, la “masa” recurriría casi naturalmente a esas minorías mejor dispuestas y preparadas para asumir funciones de conducción.

Si negar los elementos de verosimilitud que semejante proposición contiene, hay en ella un dejo de elitismo que tiende a minusvalorar las capacidades del sujeto social común y corriente, tendencia particularmente riesgosa en una si-

⁹³ Para la referencia completa del trabajo de Artaza, ver nota 24.

⁹⁴ Devés, *Los que van...*, *op. cit.*, págs. 58-63.

⁹⁵ Vitale, *op. cit.*, pág. 99; Pizarro, *op. cit.*, págs. 50 y 51.

tuación como la de Iquique en 1907, en que la capacidad de protagonismo y auto-disciplina de la “masa” se exteriorizó a través de infinitas manifestaciones. Por lo demás, hay que recordar que ni la mancomunal ni el Partido Demócrata fueron organizaciones minúsculas, ni tuvieron demasiados problemas para reclutar un número importante de adherentes entre la masa obrera de la provincia. Tampoco los tuvieron, mirando más a futuro, la Federación Obrera de Chile, el Partido Obrero Socialista o la propia rww, que en Tarapacá encontraron terreno fértil para convertirse en organizaciones “de masas”. ¿Por qué entonces no obtuvieron logros análogos los anarquistas de comienzos de siglo? ¿Por qué su prédica no tuvo la misma repercusión que la de propuestas alternativas –aunque tal vez menos sacrificadas y más funcionales al sistema–, o como la que iba a alcanzar pocos años después la de sus propios correligionarios de la rww?

Tal vez la respuesta radique en el ámbito social específico en que se desenvolvió el quehacer anarquista durante el período aquí analizado, y que pudo impedir que sus resultados fuesen más exitosos. A juzgar por los antecedentes revisados, los pocos y sacrificados libertarios tarapaqueños anteriores a 1907 prefirieron las arideces de la pampa salitrera antes que la atmósfera más ilustrada y cosmopolita de Iquique, ya copada a su llegada por expresiones obreras más “institucionalistas” como el Partido Demócrata o la mancomunal. En semejante escenario de “civilización o barbarie”, por lo demás ya insinuado en interpretaciones anteriores de la historia social salitrera⁹⁶, al puerto ilustrado y racionalista se habría contrapuesto la pampa bárbara y violenta, poco permeable a discursos doctrinarios y prácticas ascéticas como las promovidas por las ideologías obreras de la época, y en particular por el anarquismo⁹⁷. El problema del anarquismo tarapaqueño, en otras palabras, radicaría en su desplazamiento un tanto forzado hacia un público poco sensible a su prédica, muy distinto a los obreros portuarios, los tipógrafos o los artesanos que en otras ciudades del país aportaban por ese entonces el grueso de la militancia libertaria, pero que en esta provincia ya estaban comprometidos con otras propuestas. Condenados a trabajar en medio de la barbarie pampina, no podían estos pioneros de “la Idea” esperar resultados muy espectaculares –aunque sí tal vez la legitimidad suficiente como para ponerse a su cabeza en una coyuntura fuera de lo común.

En suma, no resulta fácil correlacionar de manera inteligible la debilidad que habría caracterizado al anarquismo tarapaqueño de comienzos de siglo con su evidente, aunque no necesariamente exclusivo, protagonismo durante la huelga de 1907. Una veta explicativa aquí insinuada, tal vez la menos osada, apunta a su predilección por la acción social y por el empleo preferencial de la huelga como

⁹⁶ Yo mismo he sostenido una visión de este tipo en estudios anteriores sobre las identidades populares durante el ciclo salitrero, algunos de los cuales han sido reunidos en la obra *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera. El ciclo del salitre y la reconfiguración de las identidades populares (1850-1900)*, Santiago, Editorial Universidad de Santiago, en prensa.

⁹⁷ En este contexto, resulta muy sugerente la lectura del artículo de Eduardo Devés, “La cultura obrera ilustrada en tiempos del centenario”, *Mapocho*, N° 30, Santiago, 1991.

herramienta de lucha: allí donde las evaluaciones de demócratas o mancomunados podían verse interferidas por consideraciones de orden político-partidista, la audacia incontaminada de los libertarios adquiriría una proyección evidentemente estratégica. La otra veta explorada, reconocidamente menos convencional, apunta a una posible, aunque paradójica legitimación del anarquismo entre el elemento pampino, poco visible en tiempos normales, pero capaz de aflorar con nitidez en situaciones en que los trabajadores de las oficinas debían movilizarse orgánicamente: la representación ante la Comisión Consultiva de 1904, la huelga de diciembre de 1907. Es verdad que esta dicotomización entre “tiempos de paz” y “tiempos de guerra”, donde sólo los segundos habrían hecho necesaria la presencia de líderes o conductores, descansa a su vez sobre una discutible dicotomía “puerto ilustrado-pampa bárbara” o, alternativamente, “puerto proletario-pampa peonal”. Un poco más fácil de defender en relación con coyunturas anteriores como la huelga de 1890, donde el comportamiento pampino efectivamente se aproximó más al patrón “bárbaro” del motín inorgánico y el saqueo individual, la analogía adquiere un carácter especialmente problemático en el caso de Santa María de Iquique. Porque si de algo podría acusarse a los huelguistas de 1907 no es precisamente de actos de barbarie, sino tal vez de su exceso de civilización frente a la histeria represiva que sobre ellos se desencadenó. Si en ello tuvieron alguna responsabilidad los conductores anarquistas, nominalmente partidarios de la violencia revolucionaria, pero en el fondo traspasados de pacifismo y amor por la humanidad, es algo sobre lo cual por ahora sólo cabe especular. En lo que aquí interesa, la conexión entre anarquismo y huelga permanece como una realidad indesmentible, pero, en buena medida, inexplicable.